Carlos Lenkersdorf, *Filosofar en clave tojolabal*. México: Miguel Ángel Porrúa, 2002, 277 pp.

¿Es posible filosofar en otra clave que no sea la occidentalocéntrica hegemónica?"

Como contrapunto a esta pregunta inicial, permítanme recordar a continuación una de las más sugerentes caracterizaciones psico-sociales del filósofo en la tradición denominada occidental. Se la debemos a José Gaos:

La emoción y moción especial y radical de la filosofía es la soberbia.

La soberbia es el afán y la convicción de la propia superioridad intelectual superlativa, lo que implica o complica toda una serie de notas en esencial relación con las más distintivas de la Filosofía.

Superioridad superlativa es superioridad sobre todos los demás, sobre todo, y singularmen-

RESEÑAS

Estudios de Cultura Maya. Vol. XXIV, 2003
Instituto de Investigaciones Filológicas/
Centro de Estudios Mayas, UNAM
ISSN 0185-2574

<http://www.iifilologicas.unam.mx/estculmaya/>

te sobre lo sumo o el sumo, sobre Dios, el Altísimo: el filósofo cita a Dios ante el tribunal de su propia razón, para que pruebe o justifique ante él su existencia y esencia, so pena de ser declarado inexistente o falso Dios; ni siquiera cuando el filósofo se identifica con Dios deja de ser superior a éste, en cuanto que la identificación es la conclusión de un discurso de la razón filosófica. El Dios de Aristóteles es un acto de pensarse a sí mismo, del que participa el filósofo en cuanto filósofo. La lógica de Hegel es la exposición del pensamiento divino antes de la creación del mundo. El filósofo es así el "entusiasta" o el "endiosado" —aquellos que quiso ser Lucifer con su "soberbia luciferina", y por lo mismo es la soberbia filosófica una soberbia satánica y el filósofo resulta la encarnación más cabal del Demonio mismo. El hombre religioso ha percibido muy bien esta condición del filósofo. La doctrina cristiana considera la soberbia como el primero de los pecados capitales, y véase el tono con que mienta la *Imitación de Cristo* al *superbus philosophus*. La filosofía —y la antropología— son ininteligibles en sus más profundas intimidades no sólo sin una teología, sino sin una demonología [...]. La entelequia de la Filosofía, la concepción del sujeto trascendental, es una concepción de esencial "solipsismo", que no puede dejar de ir acompañada de una vivencia de soledad —asfixiante, por entre embriagadora y angustiosa. El subjetivismo, el solipsismo es el precio —premio o pena— del totalitarismo y principalismo. Y esto sería lo más hondamente radical de la sociología del filósofo: éste sería el hombre que más radical y totalmente rompería con todo, entre ello su comunidad política.³

¿Habrá otras alternativas? Volvamos a la pregunta inicial, con la que inicié esta exposición.

Quienes encuentren pertinente y hasta atractiva esa pregunta podrán encontrar una respuesta positiva y una vía estimulante de desarrollo en el texto de Carlos Lenkersdorf, cuya presentación hoy nos reúne.⁴ En todo caso, no se

³ *De la Filosofía en: Obras Completas*. México, UNAM, 1982, T. XII, pp. 401-402 y 403.

⁴ Con el título "¿Es posible filosofar en otra clave que no sea la occidentalocéntrica hegemónica?" éstas fueron palabras pronunciadas en la presentación del libro realizada en el Instituto Javier Barros Sierra (Casa Frissac), Tlalpan, México, D.F., el miércoles 29 de mayo de 2002 y reiteradas en el Palacio de Bellas Artes el miércoles 24 de julio.

pierde nada con probar y puede ser mucho lo que se gane.

Quizá lo más seductor de este libro esté constituido por la sutileza de la estrategia adoptada por el autor para deshacerse de los callejones sin salida a que conducen los enfoques habituales de lo que me gustaría denominar con máximo peso peyorativo y de modo pedantemente rimbombante: el comparatismo paradigmático occidentalocéntrico. En esa repudiable y esterilizadora perspectiva siempre se juzga desde lo óptimo a lo ya por definición (invasiva e impuesta) merecedor de ninguneo, invisibilización, minorización, devaluación. El autor no renuncia a la comparación, pero a partir del reconocimiento y respeto entre iguales y, sobre todo, para que la comparación permita correcciones, rectificaciones, enriquecimientos y aprendizajes en la situación cultural de la que se parte.

Por otro lado, y con más precauciones si cabe, hace un esfuerzo verdaderamente admirable para suspender la interpretación sin renunciar del todo a ella (pretensión imposible, por lo demás) y asume una posición auténtica y honestamente discipular para aprender, aprehender y dejarse enseñar por parte de sus interlocutores-hermanos. Vale decir que, si bien percibo, propiamente hablando no pretende constituirse en la voz de los sin voz. Por de pronto, porque los supuestamente sin voz la tienen y de sobra, sólo que no reconocida, no audible por parte de la (in)cultura hegemónica. Por ello, el autor se convierte en integrante de un trabajo en equipo y aporta, con invalorable modestia, su granito de arena para que se escuche al grupo. Sus cualidades académicas y su experiencia personal son puestas a disposición de sus hermanos y con ellas se refuerza la visibilidad, el aprecio, la cohesión, la autoconciencia y la autoafirmación del ¿nosotros? Pero, no anticipemos vísperas.

Antes suplico me permitan una breve referencia de tintes autobiográficos. Mientras leía este libro con toda la serenidad y paciencia que

exige seguir su ritmo y los matices de su argumentación me dije de pronto: ¡llegué! Y es que percibí un hogar, estar en casa; en parte el sentimiento de *at home*, de *Heim*, del *zu Hause*, añorados con palabras de fuego y en momentos trágicos para la humanidad por Ernst Bloch. Pero, con matices. No un estar en casa para holgazanear... Sino, activo, energético, exigido por la creatividad. ¿Incorporación inicial a un nosotros? Por de pronto, sentirse parte de un equipo mayor, integrado a una labor compartida y asumida colectiva y personalmente. Estar, si no estrictamente formando parte de un nosotros, al menos entre los nuestros...

Y es que el libro abre una puerta enfrentando los enfoques *standards* acerca de las expresiones culturales de los pueblos originarios. ¿Seremos capaces de abrirnos a lo nuevo? ¿Se podrá? Carlos nos brinda confianza al mostrarnos que sí, con su ejemplo, con su experiencia, con sus inagotables anécdotas henchidas de fontanal sabiduría, con su humildad provocativa y hasta socarrona, con su amor a la vida.

Ningún comentario puede reemplazar el placer o ahorrarnos el esfuerzo de la lectura. Si éste pudiera servir de anzuelo para incitarla, me daría por bien servido. Y siguiendo el ejemplo de Carlos aludiré a una situación pedagógica reciente que quizá me ayude a referir aspectos relevantes de posibles recepciones de su libro. Ya en el segundo semestre de un curso dedicado al estudio comparativo de las filosofías de nuestros pueblos originarios, me sentí abrumado, junto con mis estudiantes, por tantos enfoques reiterativos. Dedicados a enfatizar las contraposiciones entre filosofía y cosmovisión, logos y mito, cultura hegemónica y culturas subalternas, lenguas y dialectos, etc., etc., donde siempre el segundo de los términos lleva la peor parte. Nuestro primer semestre estuvo dedicado a examinar estudios de las áreas andina y amazónica. Y fue muy decepcionante ver acumularse enfoques de autores, incluso algunos integrantes de las comunidades, que no abandonan el occidentalocentrismo. Entre los argu-

mentos esgrimidos se encuentran, por ejemplo, que tienen filosofía porque se pueden traducir textos de la tradición autorreconocida como occidental a su lengua o que bajo el término interculturalidad se brinda reconocimiento a una multiculturalidad, la cual no resiste un primer análisis, por enmascaradora de nuevas formas de colonialismo y sujeción, bajo la pátina de una sensibilidad posmoderna que dice más o menos: todas las culturas, todas las razoncitas son aceptables. Pero, cuando se trata de cosas serias, la fuerza impone la única cultura y la única razón reconocidas como auténticas y hasta con mayúsculas. Fuerza que es, por supuesto, la de la arbitrariedad hegemónica, pero que se viste de tolerancia y condescendencia para con los prejuizados como inferiores o predestinados a la subordinación.

En fin, en medio de este desolador panorama pensé que el libro de Carlos caería como un bálsamo y no ha sido del todo así. Se han sucedido las lecturas despistantes, aunque felizmente no de forma exclusiva. Sin embargo, conviene consignar algunas, para ver las dificultades ante las que se encuentra confrontado el estudiante en pleno proceso de (de)formación académica en filosofía. El nosotros se aparece como una construcción ontológica, en vez de fecunda sugerencia para acceder a una vivencia experimentada radicalmente; los niveles de lenguaje se confunden y entonces resulta difícil precaverse de la tendencia a la romantización del otro o a dejarlo perennemente como otro; se está a un paso de confundir la otra lógica con la irracionalidad pura o simple o como si allí no funcionara la lógica formal; los monismos resurgen a cada paso; la sumisión mental a los *mandaratum* impide acceder a otra concepción del poder; la seducción de la cultura otra (¿o de la exposición-interpretación?) lleva a deslizarse muy crítica (o plácidamente) hacia objeciones evidentes frente a una presunta Arcadia tojolabal (para recuperar la sugerente expresión de uno de los estudiantes). En fin, cuesta (y mucho) abrir la percepción y, proba-

blemente, ésta constituya una comprobación más de la distancia que nos separa de la epistemología tradicional, según la cual percibimos lo mismo e interpretamos diferente. Pareciera más bien que percibimos conceptualizadamente y esto cristaliza en obstáculos epistemológicos muy difíciles de sortear.

En todo caso, esta invitación al ejercicio de filosofar en clave tojolabal puede llegar a constituirse en una verdadera aventura de la percepción, si logramos plegarnos a su ritmo, si aceptamos la complicidad a que nos convoca, si repudiamos el "baldío" de los pueblos supuestamente "sin historia", si admitimos incorporarnos a la red de la complementariedad en vez de insistir en la frustrante competencia, si nos echamos un clavado en el "criadero" (p. 251) de reflexiones y pensamientos donde fructifica una inteligencia que trabaja con todo el cuerpo, con sentimiento, con "corazón".

Podría ser que no se confirmaran las dos hipótesis que propone el autor para tratar de dar cuenta de cómo se originan cosmovisiones diferentes: la de un acondicionamiento ambiental y la de un enigmático dispositivo interno que 'naturalmente' llevaría a percibir de modos diferentes y hasta opuestos. Es más, podría ser que hasta los dos soportes de toda la interpretación: la asimilación de Wilhelm von Humboldt entre lenguas (idiomas) y cosmovisiones y la constatación gramatical de ausencia de objeto directo en la lengua tojolabal, se vieran socavados por otros enfoques o investigaciones. Sin embargo, me arriesgo a pensar que, con todo, no se vendría abajo el mundo diferente y muy sugestivo entreabierto por el autor para nuestros ojos y susurrado a nuestros oídos. Probablemente esta persistencia irreductible se debería al modo respetuoso de aproximarse a un ejercicio de filosofar otro, radicalmente diverso al que nos caracterizaba Gaos en la referen-

cia inicial. La humildad y no la soberbia es condición de posibilidad y característica específica de esta alternativa. Un párrafo de Carlos Lenkersdorf me parece resumir esta actitud de modo muy preciso y acotado.

El filosofar, las propuestas éticas de los tojolabales, no suelen expresarse en tratados ni en enseñanzas particulares y formales, sino que, de repente, salen algunas palabras que trascienden el contexto. Las oímos, pero no las escuchamos. A menudo tardamos años hasta que las comprendemos. Estamos rodeados, pues, de enunciados del filosofar tojolabal, pero nuestra percepción es débil para captarlos. Este libro es el primer intento de escuchar y entender, y no sólo oír, las palabras que nos dicen (p. 139).

Sé bien que no he agotado el meollo del texto. No por falta de voluntad, si no porque tiene varios meollos que en su pluralidad antimonista se ramifican. Y es que estas ramificaciones o variaciones del tema central hablan de su fecundidad y apuntan a sugerir algo de lo que mueve en nuestro interior este encuentro iluminador que requiere tiempo para madurar, no en plan de añejamiento, si no de catalización y para que cuajen las transculturaciones o transubstanciaciones... Para que escuchemos, comprendamos, mejoremos y vivamos más plenamente en común todos y todas, porque sí debemos caber; debe haber lugar suficiente y si no habrá que inventarlo. De este tamaño es el desafío, y la academia, que no el academicismo, deberá estar a la altura, como nos lo anticipa el ejemplo de este libro imprescindible y fecundante. Un texto que no podía faltar en una colección como la que pretendemos con "Filosofía de nuestra América".

HORACIO CERUTTI GULDBERG

Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM.